HERMANAS, PERROS, FRIKIS Y OTROS ESPECÍMENES

MAITE CARRANZA-JÚLIA PRATS

edebé

Periscopio

HERMANAS, PERROS FRIKIS Y OTROS ESPECÍMENES

MAITE CARRANZA y JÚLIA PRATS

HERMANAS, PERROS FRIKIS Y OTROS ESPECÍMENES

edebé

© Maite Carranza y Júlia Prats, 2017
Nueva creación inspirada en la novela de la propia autora *Magia de una noche de verano.*

© Ed. Cast.: Edebé, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografías de cubierta: Shutterstock

1.ª edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-683-3485-1
Depósito legal: B. 16084-2017
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PRIMERA PARTE

1. Marina

Tarde de julio bochornosa. Bochornosa era poco. Agobiante, infecta, irrespirable. Eso era más, pero aún no era suficiente. Insoportable, horrorosa, desesperante. Eso, desesperante, porque la esperanza se le había evaporado con el calor y el aburrimiento infinito de las tardes de matemáticas. Ese verano se había quedado sin helados, sin campamentos y sin escapadas a la playa. Y para más inri, se llamaba Marina, que si sonaba a algo, aparte de a mema, era a mar.

El mar, menuda ironía. Sabía que existía por los mapas de geografía y por su hermana Ángela, que día sí y día también iba a bañarse por ahí con los amigos y lucía un bronceado de anuncio; el mismo bronceado que pasearía durante el mes de agosto por las calles de Dublín en compañía del chico más guapo del mundo, Patrick, mientras ella permanecería encerrada en la academia de repaso.

¿Por qué unos tenían tanto y otros tan poco?

La vida era injusta.

Ese verano Marina no había olido el mar. Se había quedado con el nombre, el cachondeo y las ganas, por suspender, y permanecía prisionera en una ciudad de paisaje posnuclear.

Marina estaba sentada en un aula de la Academia Solbes, a treinta y tres grados centígrados a la sombra, frente a una pizarra digital llena de números. Volando, indiferente a los problemas ajenos, apareció la prueba de que el verano estaba por ahí fuera. Era un mosquito que pululaba rozando la calva del profesor de matemáticas que garabateaba fórmulas en la pizarra, indiferente al calor y a los sentimientos ajenos. Y Marina, imaginativa por naturaleza, vislumbró la posibilidad de que su pequeño infierno finalizase una hora antes. Bastaría con que el mosquito atacase. Un buen picotazo, un aullido de dolor, un manotazo, una salida precipitada del aula, un «continuamos mañana» y un día menos de condena.

Se concentró firmemente en el mosquito; cerró los ojos y le rogó encarecidamente que se posase sobre la calva del calvo y se pegase un festín.

—¿Y la fracción de 9 multiplicado por 6 da…?

Sin respuesta. Marina no era Einstein y no podía hacer dos cosas a la vez.

—¿No lo sabes?

—Es que… hay…, hay un mosquito —balbuceó sin mucho convencimiento.

—Marina, es la excusa más idiota que he oído en mi vida. ¿No tienes otra mejor?

Y de pronto el mosquito, el muy traidor, picó a Marina en la mano que sostenía el boli.

—¡¡¡Ayyy!!!

En la vida de Marina, su tostada siempre caía por el lado de la mantequilla. Su hermana Ángela se quedaba con los chicos guapos, las buenas notas y los ojos azu-

les, mientras que a ella le picaban los mosquitos. Sin embargo, no se amilanó e intentó improvisar un final feliz para su historia montando el numerito.

—Me duele mucho, muchísimo. Se me está hinchando el dedo. Creo que soy alérgica como Macaulay Culkin a las picaduras de abeja en la peli esa antigua de *Mi chica.* ¿La has visto? Lo digo porque se muere…

El calvo comenzó a sudar.

—¿No estás exagerando?

Naturalmente que exageraba. Tras un par de minutos intentándolo, logró que dos gruesas lágrimas resbalasen por sus mejillas, al mismo tiempo que reprimía un sollozo tristísimo. El calvo dudó, miró el reloj de reojo, carraspeó, se lo pensó y, apoyando las manos pringosas de sudor en la repisa de la pizarra digital, se dio por vencido.

—Anda, vete… Mañana continuaremos y…

Antes de que hubiera acabado la frase, Marina ya estaba en la calle.

Corrió a velocidad de vértigo por si acaso el calvo cambiaba de opinión. Cruzó velozmente media ciudad hasta que un grito la obligó a detenerse.

—¡Marina! ¡Marina!

La voz era masculina y joven, y al volverse descubrió que era Andy, el guaperas del insti. Al instante se le activó una sonrisa idiota. Tal vez su verano podía mejorar… Andy nunca le había dirigido la palabra hasta ahora; de hecho, no podía creerse que supiera su nombre.

—¿Sabes algo de Ángela?

Gran chasco. Ángela, Ángela. Siempre Ángela. Era de suponer que la cosa no iba con ella. No se le había

ocurrido que ella no era más que la HERMANA DE ÁNGELA.

Marina se sentía a menudo un sucedáneo de persona. Algo así como un accidente genético que tuvo lugar después del nacimiento de su maravillosa hermana ÁNGELA. Ella solo fue el equivalente a un peluche, un caniche o un muñeco de Lego. ALGO para que Ángela no se aburriera, ALGO para entretener a la primogénita, ALGO a quien la preciosa Ángela podía tirar de los pelos y disfrazar de rana. Todavía, catorce años después, muchos tíos y primos no sabían de su existencia, en el buzón de casa no constaba su nombre y en la repisa de la vitrina del comedor no estaba su foto. Marina no lucía, no brillaba ni daba esplendor a la familia. Con Ángela sobraba y bastaba, y la segunda hija llevaba con una cierta resignación catorce años de anonimato respondiendo afirmativamente a la odiosa pregunta de «¿*Eres* la hermana de Ángela?». Se enteraban de su parentesco por el apellido y, tras una mirada compasiva, musitaban: «No os parecéis mucho», que traducido significaba «pobrecita, no da la talla, se ha quedado con lo peor de lo peor».

Y tenían razón.

Ese era el problema de Marina, que les daba la razón. Si ella fuera un profesor, un tío cachas, una amiga guay o un chino del todo a un euro…, se quedaría con Ángela. Porque Ángela, a sus dieciséis años, era perfecta. No solo era rubia, alta y de ojos azules, sino que además era lista, simpática, responsable, ligona y encantadora. Ángela compaginaba con la misma soltura

el violín, los programas de Microsoft, el perfilador de labios o la raqueta de tenis. Daba lo mismo. Ángela era un *crack* y también la broma más pesada que le podía tocar a una hermana segunda. Ángela era PERFECT y Marina había sido y sería siempre ESO, la hermana de Ángela.

—¿Sabes algo o no? Había quedado con ella a las cuatro y no se ha presentado, y además no contesta al móvil.

Ángela era tan perfecta que nunca jamás de los jamases faltaría a una cita sin avisar ni colgaría su móvil sin más. Y menos aún faltaría a una cita con Andy y desconectaría su móvil a sabiendas —porque lo sabía todo, lo calculaba todo— de que Andy la llamaría.

Una desgracia. Solo una gran desgracia podía haber impedido que Ángela faltara a sus compromisos.

¡HORROR!

2. Raeyn

Raeyn, el elfo nocturno, avanza sigilosamente hasta la cima de la colina y desde allí otea la fortaleza del viejo dragón flanqueada por sus seis torres circulares. Esa noche se avecina una batalla inolvidable contra Trumble, el dragón esmeralda, el más astuto. Sus poderes son leyenda.

Raeyn viste cota de malla plateada ceñida con cinturón de cuero, calza suaves botas de gamo y en su mano luce el anillo que obtuvo en la mítica batalla contra Reslof.

Pronto tiene compañía: Mirior, el gnomo, un insufrible bravucón paticorto y orejudo.

—¿Eres tú, Raeyn? Lo siento, te confundí con un sapo.

Su voz es chillona. Se cree muy gracioso, pero Raeyn jamás le ríe los chistes. Quizás por eso su antipatía es mutua, aunque ambos luchen en el mismo bando. De pronto los dos se detienen al unísono. Han detectado unos pasos ligeros y seductores. Inconscientemente, Raeyn se recompone el cabello con coquetería.

Es la maga Thana, una humana de ojos felinos que, a diferencia de Mirior, tiene un excelente sentido del humor y una voz grave y modulada.

—¿Calentando motores para la noche?

Raeyn quiere sonreír, aunque le cuesta. Es tímido y Thana le gusta demasiado para abrir la boca y arriesgarse a decir una tontería.

Afortunadamente, un nuevo personaje irrumpe en escena y se interpone entre ellos blandiendo su hacha y dispersando en pedazos minúsculos el odio invisible desatado entre Raeyn y Mirior.

—¡Salud, amigos! A tus pies, querida Thana. ¿Creíais que os libraríais de mí?

Su risa limpia acompaña a su voz.

—Varlik el enano no se rinde y menos ante el viejo dragón Trumble. Vamos allá, estoy impaciente.

Su cordialidad es contagiosa y Raeyn percibe cómo la tensión desaparece. Con Varlik al lado, luchando codo con codo, todo resulta fácil.

Van llegando los demás y pronto el bosque se puebla de saludos y consignas. Finalmente, Jerjes, el líder, un elfo *priest* cubierto de alhajas, guantes y anillos, los convoca para exponerles su estrategia.

—Tenemos una buena composición de fuerzas. Confío en el aguante de los *tanks,* la energía de los *rogues* y la habilidad de los *hunters.*

Raeyn le escucha con admiración. Es el más curtido y el más carismático. Jamás duda de sus decisiones y posee una rara habilidad para despertar el entusiasmo de sus tropas.

—Trumble no es un enemigo fácil. Necesitaremos mucho *maná,* mucho DPS y todas vuestras armas.

Imbuidos por el entusiasmo de Jerjes, levantan sus espadas, sus hachas, sus mazos, sus arcos y ballestas, y lo aclaman.